

Entrevista con María Kodama

Cristina Castello

—¿*Borges era un universo?*

—Borges era como Leonardo da Vinci, complejísimo y lleno de matices, con inteligencia fascinante e imaginación enorme. ¿Sabe?... Me gustaba su cráneo de conejo y verlo reír, porque... era como un cachorro de tigre al sol, una imagen de mucha belleza.

—*Como muchos enamorados, ¿él tenía algún apodo para usted?*

—Me decía «Ulrica», que es un nombre nórdico que quiere decir «osita».

—«*Sentí en el pecho un doloroso latido, sentí que me abrazaba la sed*», escribió en «*El Inmortal*». ¿*Cuál era la sed de Borges?*

—La poesía.

—¿*Estaba poseído por los dioses, según definió Platón a los poetas en el Fedro?*

—Sí, por ese espíritu que hace que el poeta pueda ser una especie de intermediario de aquello por lo que es poseído: el «daimon».

—*En su casa de la Rue Ferdinand, en Ginebra y muy joven, era desdichado y, para serlo más leía a Dostoievski; pero en 1916 descubrió a Whitman y sintió vergüenza por su actitud... ¿La función chamánica de la poesía lo despertó a la dicha?*

—Claro, por la visión maravillosa y vastísima de Whitman y por la literatura que creó a través de la poesía. Porque, como bien decía Borges, uno tiene que escribir dentro de una armonía y un equilibrio; es necesario saber las reglas de la construcción de un soneto para poder

desconstruir y —sólo entonces— intentar el verso libre. Si no... uno tendría que haber nacido Whitman.

—Según Philippe Brenot, «talento» significa conocerse a sí mismo y saber que se ha sido conducido a tal o cual idea concreta; y «genio», que nunca se sabe adónde se llegará, pues se obedece a un terrible impulso. Borges, ¿genio y talento?

—Borges era una persona genial... única, pero yo no coincido con la definición de Brenot. Para mí la genialidad es un «plus» al talento: es introducir un cambio radical dentro de la historia. Se puede tener mucho talento sin ser genial: sin crear.

—No habrá sido fácil ser la mujer del escritor argentino más universal... de alguien que es patrimonio de la humanidad..

—Mire... yo nunca sentí eso con Borges. Me hubiera quedado petrificada. Comencé con él una relación de maestro-discípula cuando era muy niña, y entonces era como... desenfadada, y le hablaba de un modo fresco y espontáneo si hasta le discutía sobre autores y cosas insostenibles para mí entonces. Pero quise conocerlo, porque las obras suyas que me habían leído me hicieron sentir una hermandad en el misterio.

—¿Y qué sentía Borges frente a su desenfado?

—Lo divertía. Sabía que yo no era obsecuente, como la mayoría; y que prefiero pensar que el destino no existe para no perder mi libre albedrío, incluso a costa de ser prisionera de mi libertad. Soy libre como un animal en la selva... aun con su genialidad.

—En el siglo XIX se renovó la idea del genio. En Alemania, Klinger y Schiller se opusieron a la filosofía de la Ilustración e intentaron imponer la estética espontánea para la creación. ¿Era así Borges?

—Sí, pero sólo para empezar a escribir, pues su búsqueda de perfección lo llevaba a hacer infinitas correcciones. Él consideraba que tenía que trabajar sobre los sueños, sobre lo espontáneo que surge del inconsciente.

—¿En sus sueños había pesadillas?

—A veces... y cuando despertaba veía si sus sueños podían o no servir para que escribiera; el segundo paso era pensar si les daría forma de cuento o de poema.

—*Y no bien se levantaba, tomaba un baño de inmersión y empezaba a dictarle sus textos, ¿no es así?*

—Sí, a mí o a otras personas: periodistas o estudiantes que lo visitaban. Pero no se quedaba en el impulso: retomaba los textos por la tarde y pulía y corregía en cada revisión, hasta... bueno ... ¡hasta siempre!

—*¿La «creatividad» de Borges lo era en el sentido de la lingüística generativa de Chomsky, en cuanto a la capacidad innata de los humanos para generar lenguajes hasta el infinito?*

—Sí, él generaba lenguajes pero, como le dije, no se conformaba con lo primero que hacía. Así es que, sobre todo con la prosa, provocó un giro en la forma de narrar de la lengua española. Es decir que las dos grandes revoluciones que se produjeron en este idioma partieron de América; una, con el modernismo de Rubén Darío y la otra, con Borges y el cambio radical que impuso en la narrativa, cambio que está cimentado en su bilingüismo, en su concisión y en su lectura crítica, desde muy pequeño.

—*Fue un escritor prodigioso.*

—Creo que esencialmente es un poeta y que lo prodigioso en él fue sentir desde muy pequeño cuál sería su destino...

—... *Y fue niño prodigio. A los siete años escribió en inglés un resumen de la mitología griega; a los ocho, el cuento «La visera fatal», inspirado en un episodio del Quijote; y a los nueve tradujo del inglés «El príncipe feliz» de Oscar Wilde...*

—Sí ... y cuando se publicó «El Príncipe Feliz», muchos pensaron que era una traducción hecha por su padre.

—*Su padre.... No olvido que a Borges siempre le pareció oír su voz cuando le recitaba de memoria, en inglés: «Tú no has nacido para la*

muerte, ¡inmortal pájaro!», de John Keats. Y que aquellas palabras le revelaron la poesía...

—Sí... Keats fue importante para él por eso, pero le gustaba más la épica y, sobre todo, la anglosajona de los siglos IX y X, y las baladas inglesas. También Emerson y Browning y... ¡Walt Whitman!

—Decidió ir a Ginebra para morir. ¿No tenía miedo?

—No, porque no le gustaban las cosas dramáticas o —como él decía— sentimentales. Borges vivió de manera natural también la muerte: como todos los días, como siempre. Era una persona estoica.

—En su lápida dice, en anglosajón: «And Ne Forhedan Na», esto es, «Y que nada temieran». ¿No temía?

—No, porque él lo tomó como una aventura y como un lugar donde satisfacería su curiosidad sobre los misterios de la vida... Quería saber si había algo o no después de ella.

—Pero es casi sobrehumano no tener miedo a la muerte...

—Bueno, como usted sabe, él tenía una manera de sentir un poco oriental, por todo lo que había leído sobre esa filosofía, sobre budismo, zen y sintoísmo. ¡Eso es la sabiduría ... ! Saber disfrutar de lo que nos acerca la vida. «Qué importa el tiempo sucesivo / si en él hubo una plenitud / un éxtasis, una tarde ... », escribió en *Fervor de Buenos Aires*.

—¿Tuvo en toda su vida esa misma disposición para cruzar el umbral, hubiese lo que hubiese al otro lado?

—Sí, la tuvo en toda su actitud. Por otra parte, el hecho de haber estado siempre contra la corriente indica un valor muy grande.

—María, ¿Borges la amó?

—Yo creo que sí, ¿no?

—¿Y usted lo ama? ¿O lo amó?

—Lo amo.

—*Hace un momento el camarero del bar donde tenemos esta conversación la descubrió: «Usted es la mujer de Borges», le escuchamos. Y en alguna de las entrevistas que hicimos anteriormente, me dijo: «No soy la viuda de Borges; soy el amor de Borges». Habló en presente, como muchas veces en esta charla. ¿Los une el Infinito el «ansia de absoluto», según expresión de Louis Aragon?*

—Yo creo que cuando uno encuentra la mitad del alma, es para siempre. *Forever and ever... and a day.*

—*¿Borges fue generoso con todo lo que contiene la vida?*

—Sí, y también con los misterios de la vida.

—*Sin embargo, no parece haber dado importancia a algunos escritores. A Julio Cortázar, por ejemplo, a quien también le fascinaba la literatura fantástica.*

—Se equivoca, porque Borges sabía que era un gran escritor. Él lo descubrió y lo llamó al segundo día de que Cortázar le dejara «Casa tomada», para que lo leyera; y le dijo que lo iba a publicar y que su hermana Norah lo ilustraría.

—*Pero la relación de los dos no continuó... ¿Por qué?*

—Cortázar se fue de Argentina, pero después se reencontraron en el Museo del Prado. Cuando lo vi ... con su figura inconfundible, yo estaba delante de *El perro semihundido*, de Goya, uno de mis cuadros preferidos. Y entonces se lo dije a Borges, y él me preguntó si yo quería saludarlo, y yo le contesté que sí... si él quería. «Sí, claro ... ¿por qué no?», me dijo.

—*Tuvo usted a «sus» dos escritores juntos y unidos por el arte.*

—¡Sí! Y en el mismo momento Cortázar —un escritor más que consagrado en aquella época— vio a Borges, y entonces se acercó, y fue divino, y maravilloso, y único... uno de esos instantes irrepetibles que

nos regala la vida. Cortázar le recordó que le había llevado su primer cuento, y destacó la generosidad de Borges con él. Y Borges rió y le dijo: «Bueno, no me equivoqué, fui profético».

—*Usted me transmite la magia de aquel encuentro...*

—Sí, fue mágico... ¡ésa es la palabra! Tenía conmigo a dos escritores a quienes yo admiraba y amaba ... ¡Y delante de ese cuadro! Goya-Borges-Cortázar y *El perro semihundido*: fue algo perfecto.

—*Sin embargo, suele presentarse a Borges y a Cortázar como dos polos opuestos de la literatura argentina; y Cortázar no es recordado como merecería por la gran crítica, salvo en 2004, por el aniversario de su muerte...*

—Yo creo que eso es una suerte de purgatorio por el que pasan todos los autores... Después que mueren su obra vuelve a surgir. Y aquí es donde más se distingue un *best-seller* de la obra de un creador.

—«*Yo parezco haber nacido para no aceptar las cosas tal como me son dadas*», escribió Cortázar. *Fue un escritor comprometido...*

—Sí, estuvo comprometido como persona, pero no en toda su obra; tiene cuentos de literatura fantástica que no están politizados y obras que sí lo están.

—*¿Y qué pensaba Borges y qué piensa usted de El libro de Manuel?*

—No leí *El libro de Manuel*. Leí *Rayuela* y me pareció una cosa fascinante, como un juego, y también *Los premios* es fantástico. Es extraordinario cómo —después de vivir tantos años lejos de su país, y con otro idioma— logró conservar el lenguaje de Buenos Aires.

—*Cortázar fue distancia y soledad; amor, nostalgia y dolor de Buenos Aires, así como su silencio con palabras.*

—Es verdad, y yo soy muy lectora de sus cuentos. En «La noche boca arriba» —uno de mis preferidos— él mezcla espacio y tiempo, de una manera extraordinaria; y también lo hace en *Prosa de observato-*